
Los salmos de Begoña

Juan Moreno Rodríguez

Sevilla, 1992. Begoña, una niña vasca vive con sus padres en un apartamento del sevillano barrio de la Macarena. Su padre, ingeniero de la Universidad de Deusto e hijo único de una familia acomodada de empresarios, había acabado enamorándose de la chica que se pagaba los estudios en la universidad limpiando escaleras algunos días de la semana en casas de familias bien de la margen izquierda de la ría del Nervión,

en Bilbao. Su mamá, Macarena, era hija de andaluces que habían salido de ese mariano y castizo barrio a mediados de los años sesenta.

Aunque había nacido y se había criado en Euskadi, Begoña no podía negar que tuviera sangre andaluza. De ello se había encargado su abuela materna cuando la cuidaba los días que Macarena e Iñaki trabajaban. Cuando la recogía de la “guarde” y se la llevaba a su casa, le ponía sus discos de copla (especialmente de su paisana Juanita Reina), le enseñaba a bailar sevillanas, le contaba historias de primaveras y de “*madrugás*” y de su Virgen Macarena, y le hacía trajes de faralaes para vestirla de gitana cuando llegaba abril, hablándole de esa bonita y luminosa feria en el Prado de San Sebastián de Sevilla que conoció de niña. Pero a Begoña lo que más le gustaba es que su abuela le hiciera salmorejo...

La abuela Juana, con la copla de fondo y contándole historietas de Andalucía y Sevilla, lavaba delante de su nieta los tomates maduros y rojos que después pelaba para que, sin piel, la crema quedara más suave. Mientras, le pedía a Begoña que pusiera pedacitos de pan duro en un plato con agua y aplastara unos dientes de ajo para que luego se pudieran pelar bien. A continuación mezclaba los tomates con el pan y el ajo con un poco de aceite de oliva de Estepa, vinagre de Jerez y una pizca de sal en un desconchado lebrillo “*de cuando se casó*” y que se había comprado en una alfarería del barrio de Triana. Luego majaba y majaba mientras seguía contando historietas de cuando era tan niña como Begoña.

Los padres de Begoña se instalaron temporalmente en Sevilla porque iban a trabajar en la Expo del 92, concretamente en el Pabellón del País Vasco de esta muestra universal. A Begoña le hacía mucha ilusión esta experiencia, pues tendría oportunidad de reencontrarse con sus abuelos andaluces que un año antes habían regresado a Sevilla tras un largo período de emigración en Euskadi. Como a la abuela Juana le tiraba mucho su tierra y el abuelo Curro se había prejubilado de la siderurgia, lo vendieron todo y con sus ahorrillos se compraron un pisito a rehabilitar en su añorado barrio sevillano. El abuelo Curro era cordobés y le tiraba más la ciudad de la mezquita, pero como desde el año 92 quedarían muy cerquita por el tren de alta velocidad, optó por complacer a Juana. Él fue quien perfeccionó la receta del salmorejo de Juana. Bajo el mismo sol de Andalucía, viviendo a orillas del Guadalquivir y con los platos de salmorejo que Juana le preparaba que se tratara de Córdoba o de Sevilla era lo de menos. La pequeña Begoña tendría así oportunidad de vivir en su propio

ambiente todas aquellas historias que le contaba la abuela y, sobre todo, de comer el salmorejo que la abuela le hacía a ella y a su abuelo cordobés con tanto cariño.

En poco tiempo, y sin apenas haberse dado cuenta, Begoña, sus padres y sus abuelos ya se habían hecho a Sevilla. Iñaki se acostumbraba a cambiar sus “*pintxos*” por las tapitas, aunque seguía echando mucho de menos su bacalao a la vizcaina. Como consuelo, la hurta a la roteña se convirtió en su tapa favorita. Macarena recuperaba su tostadita con aceite y ajo o sus churritos del mercado de la calle Feria, y Begoña erre que erre con el salmorejo.

La familia se había instalado en un edificio de apartamentos de la avenida conocida como nuevo Torneo, si bien realmente se llama Concejal Alberto Jiménez Becerril, un ensanche del barrio de la Macarena en los terrenos liberados tras la desaparición de las vías del tren. Sus abuelos, sin embargo, decían que “no se hallaban si no era de muralla *pa* dentro” y optaron por comprar y obrar un viejo pisito cerca de la Torreblanca de la muralla almohade de su viejo barrio.

La pequeña Begoña pronto se acostumbró a Sevilla, a su nuevo colegio en la Resolana y a sus visitas a casa de la abuela –el cole y la casa de la abuela estaban muy cerquita–. Su madre además, le impuso una nueva rutina. Como era de buen comer y bastante sedentaria, la pequeña Begoña debía dedicar algún día de la semana a andar para superar su incipiente obesidad. Para ello, su madre le había propuesto andar o jugar por el magnífico paseo que tenía justo a los pies de casa y que, sin tráfico ni peligro para una niña de 10 años, discurría paralelo al río. Así, Begoña todos los viernes aparcaba los tebeos y los videojuegos y se daba su pequeño paseo. Luego, antes de volver a casa, pasaba a darles un beso a los abuelos, recogiendo también el “*tupperware*” de salmorejo que la abuela Juana le preparaba. “*Los viernes no le pongo taquitos de jamón porque es vigilia, que te lo pique tu madre si quiere*” le decía la abuela Juana. Luego le daba un beso y para despedirse no faltaba el “*¡derechita pa casa y cuidaíto con los coches al cruzar la calle, tu por el paso de peatones que por allí la virgen te cuida*”.

Y así transcurrían normalmente estos viernes de paseo y salmorejo. Pero hubo un viernes especial en que Begoña se encontró por el camino con un niño que le ofreció venderle una paquetito de pañuelos de papel. «*¿Me compras uno?*» le dijo el niño. «*¿Por qué vendes aquí y cruzas media calle cuando el*

semáforo para los coches?» le preguntó Begoña. «Lo hago para comer, tengo hambre» le dijo el pequeño Alí, que era un moreno hombrecito de 10 años y grandes ojos. Él y su familia eran del norte de Marruecos, de Tetuán. Habían cruzado el Estrecho de Gibraltar en patera, intentando buscar una mejor vida. Ahora vivían en una improvisada chabola por los alrededores de una torre muy alta de una vieja fábrica que llamaban de Los Perdigones y que estaba justo enfrente del Colegio de Begoña. La niña no llevaba dinero encima; el que le dio su abuela lo había gastado en una tarrina de helado que se comía por el camino, antes de llegar a casa, para que su madre no la viera comiendo helados. Cuando vio a Alí, todavía andaba rechupeteando la cucharilla del helado que se acababa de comer. «Lo siento, no puedo comprarte nada» le dijo Begoña a Alí y continuó andando hacia su casa. Pero cuando había andado unos cincuenta metros se detuvo y pensó, con tristeza, mientras apretaba la cucharilla de su helado, que ella andaba porque estaba gordita y comía demasiado, mientras que aquel niño tenía hambre y una delgadez que agrandaba sobremanera la grandeza de sus bonitos ojos negros. Así que detuvo su paso, dio la vuelta y se dirigió hacia Alí, que en ese momento estaba en la mitad de la calzada intentado vender infructuosamente un paquetillo de pañuelos a los ocupantes de un lujoso coche parado en el semáforo. Como se aburría de esperar en la acera, Begoña se lanzó a la calle y cogió a Alí de la mano para llevarlo a un banco a que había bajo una gran jacaranda. Algunos días de primavera en Sevilla son ya muy calurosos. Allí, sentados los dos a la sombra y con el frescor del cercano Guadalquivir, Begoña abrió la bolsita que le había preparado su abuela. «Toma, come de esto, es salmo y sabe a gloria», le dijo a su estupefacto nuevo amigo mientras le metía en la boca la cucharita con la que ella se había comido el helado pero bien colmada de salmorejo. «Lo ha hecho mi abuela y en verdad se llama salmorejo, ¿tu cómo te llamas». El muchacho, con la boca llena de tan extraña papilla finalmente consiguió balbucear a duras penas su nombre y después preguntó a Begoña qué significaba la palabra “gloria”. «Debe ser algo del cielo» contestó Begoña sin saber muy bien lo que decía. «En el cielo está Dios y, como está tan rico, seguro que él también lo come». «En el cielo de Tetuán está Alá» dijo Alí mientras seguía comiendo. «Mis padres le rezaron para que pudiéramos pasar por el mar hasta Andalucía y miraban al cielo para hablar con Él». «¡Ah, pues Dios y Alá estarán los dos juntos en mismo cielo comiendo esto que sabe a gloria!», afirmó Begoña mientras Alí empezaba a rebañar la pequeña fiamblera de plástico con la cucharilla que Begoña le dio. «¿Te ha gustado, Alí?» preguntó Begoña cuando su amigo terminó de comer. «Mucho» contestó Alí. «Pues seguro que te gustaría más con taquitos de jamón, pero como hoy es vigilia mi abuela dice que no le echa» matizó Begoña. «¿Qué es “jamón”?»

repuso Alí. «*Es como carne*» dijo Begoña. «¿*Carne de qué?*» pregunto Alí. «*Mi abuela me ha dicho que si está bueno el jamón es porque el cerdo come bellotas*» contestó la niña. Alí levantó la mirada y con sus grandes ojos negros miró los de Begoña, que eran verdes, y sentenció: «*Yo no sé lo que es vigilia, pero, no te preocupes, yo soy musulmán y no quiero comer cerdo*». «*Pues entonces será que mi abuela también es musulmana, por lo menos los viernes*» remató Begoña. Después de esto, Begoña recogió su bolsita de plástico y su "tupperware", le dio un besito a Alí y emprendió el camino de vuelta a casa no sin antes decirle que guardara en su bolsillo la cucharita, pues para que Alí no pasara hambre le diría a su abuela que le hiciera más salmorejo y todos los viernes lo compartiría con su nuevo amiguito.

Al llegar a casa con el "tupperware" vacío, Begoña mintió a su madre diciéndole que se le había caído mientras andaba. Se sentía mal por mentir, pero podría confesarse cuando fuese a la misa de la Macarena con la abuela. Tal estrategia para tranquilizar su conciencia la aprendió cuando hizo su primera comunión.

Desde esa fecha los dos pequeños amigos, que tenían la misma edad pero pertenecían a realidades sociales muy diferentes, comenzaron a verse todos los viernes.

Así pasaron varios meses hasta que un día Alí no apareció por el cruce del semáforo. Begoña pensó que ya era verano y que hacía mucho calor, y que por eso Alí no se había puesto al sol a vender sus pañuelos. Quizá se hubiera ido unos días a la playa con sus padres, como haría ella durante unos días en agosto. Pero acabó el verano, llegó el otoño y nunca más volvió a ver a su amigo Alí.

En octubre la Expo llegó a su fin, se cerró el pabellón de Euskadi y Begoña regresó con sus padres al País Vasco, aunque no por mucho tiempo ya que Macarena e Iñaki morirían un fatídico día de enero de 1993 en un atentado de la banda terrorista ETA. Sus abuelos, embargados de dolor, viajaron desde Sevilla para enterrar a los suyos y recoger a su pequeña nieta, que regresaría con ellos a Andalucía, pues los abuelos paternos, más mayores e ingresados en una residencia de ancianos, difícilmente podían hacerse cargo de la aún pequeña Begoña.

Retornada a Sevilla y viviendo en el pequeñito piso de los abuelos, Begoña continuó sus estudios hasta la Universidad, licenciándose en la Facultad

de Historia. Sin embargo, la avanzada edad de sus abuelos frenó su trayectoria profesional. Ellos la habían criado, pero ya las fuerzas les faltaban. El abuelo Curro padecía del pulmón y se ahogaba y a la abuela Juana las piernas le fallaban, eran muchas las escaleras que había fregado. Aunque alegremente seguía tarareando las coplas de Juanita Reina, ya ni siquiera podía majar su salmorejo. Ahora, el *salmo* lo hacía Begoña con una “*turmix*” pero con el mismo cariño. El sino de Begoña estaba marcado como el de tantas mujeres que lo sacrifican todo por los demás, aun a costa de su desarrollo personal y familiar. Debía cuidar a su familia de forma constante y todos vivían con la exigua paga del abuelo. Por entonces ya se empezaba a hablar de que era necesaria una “*ley de dependencia*”.

Alí, sin embargo, tuvo mejor suerte. Su padre, aún sin papeles, consiguió trabajo en la construcción como alicatador o, mejor dicho, como auténtico artista de esa azulejería tan tradicional a ambos lados del Estrecho. Con los ahorrillos su madre abrió en la Alameda sevillana una pequeña pastelería de dulces tradicionales del Rif que, siendo tan parecidos a los andaluces, causaron sensación en Sevilla. Con el tiempo los padres de Alí regularizaron sus papeles de residencia y pudieron pagarle a su hijo una licenciatura en telecomunicaciones. Alí no disfrutó de pequeño de ningún videojuego pero, según fue creciendo se enganchó cada vez más a ese tren de la revolución tecnológica y en 2008 se había convertido en un alto directivo de una multinacional española de telecomunicaciones con sede en la Isla de la Cartuja, en el mismo lugar donde había tenido lugar la Expo y muy cerca de donde vendía pañuelos para comer de pequeño. Su dominio de los idiomas castellano, francés, inglés y árabe había ayudado también mucho en su carrera profesional. Ni Begoña ni Alí intuían que un día sus caminos volverían a cruzarse.

Un día Begoña estimó que debía pensar en su futuro y, aunque seguiría cuidando a sus abuelos, solicitó ayuda de los Servicios Sociales para, al menos, poder trabajar por las mañanas. Tenía 26 años y, por ley de vida, sus abuelos no iban a durar para siempre. Sus estudios de Historia no tenían mucha salida, por eso se decidió a presentar su curriculum en una empresa de telefonía ubicada en la Cartuja para trabajar de teleoperadora. Así, una mañana, dejaba a sus abuelos con la asistencia a domicilio e inició el paseo que la llevaría a la Cartuja. De la Torreblanca al Arco de la Macarena, luego la Resolana y su colegio. Más tarde, antes de cruzar el puente de la Barqueta, el semáforo de Nuevo Torneo que, como siempre, le hacía recordar su infancia y a su amigo Alí. Al llegar al mostrador de la empresa dejó su curriculum y regresó a casa, no sin antes pasar

por la Basílica de la Macarena, rezar y pedirle ayuda a su virgen para ese proyecto vital que quería indagar. Mientras tanto seguiría pendiente de sus abuelos y haciéndoles todas las semanas el salmorejo que tanto les gustaba.

Así siguió todo hasta que un día una empresa de mensajería entregaba a su nombre un jamón de bellota de pata negra de Jabugo y una mojama exquisitamente presentada, elaborada en la costa gaditana. El paquete venía acompañado de una nota anónima que decía: *“Avísame el viernes para un salmorejo. Si te veo y como contigo, me sabrá a gloria y comeré como en el Cielo. Ahí tienes jamón y mojama para preparar los taquitos. Dame ok y dime hora en este número de teléfono”*. A continuación, la nota indicaba un número de teléfono. Eso ocurrió un lunes y hasta el jueves Begoña se dejaba los dedos marcando ese número, pero nadie contestaba al otro lado. No obstante, se sentía extrañamente contenta. Al día siguiente otro mensajero le comunicaba que había sido seleccionada para el empleo y que en breves días podría empezar a trabajar, acontecimiento que pensó en celebrar con sus abuelos preparando un salmorejo. En un rincón de mesa de la cocina seguían embalados el jamón y la mojama. Se le ocurrió que podía abrir el jamón y preparar unos taquitos, pero se dio cuenta de que era viernes y la abuela Juana no querría comer carne. Mirando la mojama, cayó en la cuenta de lo mucho que se parecía al jamón y que unos taquitos de ésta también le podrían venir bien a su plato. Mientras abría el envoltorio de la mojama pensó que quizá debía mostrar su agradecimiento contestando a su anónimo remitente. Aunque no le hacía nada de gracia ese juego (quizá se tratara de algún pesado del barrio) cogió el móvil y en un escueto sms escribió *“ok, salmorejo en mi casa a las nueve”*.

Tras una tarde inquieta por la curiosidad, la hora de la cita se acercaba. Convencida de que se trataría de algún vecino conocido, comentó a sus abuelos que tendrían compañía en la cena. A las nueve sonaba el timbre del portero electrónico. *«¿Quién es?, ¿quién es?, ¡Oiga!»*. Nadie contestó, pero Begoña inmediatamente comenzó a oír los pasos de alguien subiendo por las estrechas escaleras del piso de los años setenta que habitaba. Abrió la puerta y con tan sólo mirar a los grandes ojos negros del apuesto hombre que tenía delante supo que se trataba de Alí. Los dos se fundieron en un abrazo como si el tiempo no hubiera pasado y se sentaron a comer un salmorejo que a todos les supo a gloria. La abuela Juana, muerta de curiosidad, pronto preguntó a Begoña cómo había conocido a Alí. Éste rápidamente se adelantó y para sacar a Begoña del atolladero contestó: *«Begoña y yo seremos compañeros de trabajo a partir del lunes»*.

Sevilla, diciembre de 2008. La amistad, el cariño y el roce de trabajar y redescubrirse juntos pronto se convirtió en amor. Una tarde que paseaban junto al Guadalquivir, la pareja decidió sentarse en un banco, el mismo donde de niños compartieron risas y salmorejo, y terminaron de redactar la tarjeta de invitación a su banquete de boda.

Nos casamos

ALÍ y BEGOÑA

Se complacen en invitarles al banquete de su boda que se celebrará,
Dios-Alá mediante, en los Reales Alcázares de Sevilla,
en el que serviremos el siguiente menú:

Entrantes: Tapitas y pintxos.

Primer Plato: Salmorejo que sabe a gloria, aderezado al gusto con guarnición de jamón de bellota o mojama del estrecho.

Segundo Plato. Bacalao a la Vizcaína, al gusto de los que no estarán pero queremos recordar.

Postre: Deliciosos pastelitos de Tetuán con té a la hierbabuena

* * * * *

PD.: S. R. C.

Hemos preparado este menú pensando en nuestras culturas, en nuestras familias y en nuestros sentimientos. Cuando, con noble inquietud y esmero, ofrecemos nuestros alimentos para paliar el hambre del pobre o el mendigo nuestro acto se convierte en solidaridad, y con ello se alcanza la GLORIA.
